

Historia de la Masonería en Chile  
Conferencia en el Club Copiapó  
1° de julio de 2009

Manuel Romo Sánchez

## **Introducción**

Agradezco la amable invitación del Club Copiapó para hablar en esta oportunidad sobre un tema alrededor del cual se tejen tantos mitos. Mostraremos el alcance que tuvo la Masonería en Chile, como agente coadyuvante para el desarrollo de las ideas y la implementación de políticas públicas que permitieron a nuestro país alcanzar su mayoría de edad intelectual y desarrollarse a lo largo de su historia.

## **Origen de la Masonería**

La Orden Masónica hunde sus raíces en las logias de los masones operativos, gremio de constructores que se dedicaba a levantar catedrales y castillos en la Edad Media. Al estilo de las cofradías que surgían al amparo de la Iglesia Católica, este gremio invocaba a la Trinidad, a los Evangelios y tenía por su patrón a San Juan. Sin embargo, aparentemente en su seno existían también ideas que habían tomado de grupos gnósticos, variante del cristianismo con influencia neoplatónica, y su misma devoción a San Juan no sería sino una forma velada de dar importancia a los solsticios.

En el siglo XVI, hombres de la talla de Francis Bacon, en Inglaterra, buscaban el conocimiento en las fuentes más diversas, en una etapa en la que se daban los primeros pasos de una disciplina que más adelante llamaríamos ciencia. Esos hombre – intelectuales y frecuentemente miembros de la nobleza o adinerados – creyeron que en los antiguos gremios podían encontrar rastros del pensamiento y del conocimiento de la Antigüedad. De este modo, se hicieron recibir como miembros de la Masonería Operativa, como una especie de Miembros Honorarios, a los que se dio el nombre de Masones Aceptados. Pero pasó que los señores de Europa dejaron de construir catedrales y castillos, y el gremio de los masones terminó siendo constituido en su mayoría por estos constructores del pensamiento y la Masonería comenzó a ser llamada Especulativa.

Cuatro de estas Logias se reunieron en Londres para celebrar la fiesta de San Juan, su viejo patrono, el 24 de junio de 1717, y decidieron crear una confederación a la que llamaron Gran Logia de Inglaterra. Le dieron una organización y publicaron poco más tarde una historia legendaria sobre la Masonería y crearon estatutos especiales para el gobierno de los masones. La idea de esta institución – que llamaba a los hombres a reunirse en Logias, sin importar sus creencias ni políticas ni religiosas, sólo para estar juntos en paz, llamándose hermanos – esta idea, llamó la atención de inmediato en Francia y su modelo fue copiado y remozado, surgiendo

muchas variantes del proyecto original a través de Europa, pero coincidiendo en lo esencial: Reconociéndose como hermanos masones y aspirando a constituir una fraternidad que buscaba el bienestar de la humanidad toda.

### **Las Logias Lautarinas**

Con anterioridad a la invasión de las tropas napoleónicas, salvo la existencia de algunos masones extranjeros y una que otra Logia que había sido destruida tempranamente por la Inquisición, no había actividad masónica en España. La acción del Tribunal del Santo Oficio se encargó de aplastar todo intento de introducir la Masonería en el reino. Pero después de la invasión, la Masonería se propagó por el territorio hispano, en su ortodoxia cristiana y filantrópica, pero también en variantes que buscaban el triunfo del liberalismo y de los ideales republicanos.

Según un informe presentado por el Consejero de Estado y Prefecto de Policía de París al Ministro del Interior de Francia, el 11 de septiembre de 1824, la Masonería había surgido en España recién durante la guerra de invasión de las tropas napoleónicas. “Las primeras logias – señalaba – se establecieron en Cádiz, mientras los franceses asediaban esta plaza. En un principio apenas crecieron, y se limitaron durante cierto tiempo a la práctica de las ceremonias y ritos masónicos, y a dar preferencia a los principios filantrópicos que son la pretendida base de su Institución; pero a fines de 1811 y en 1812, esta secta se había extendido bastante y se convirtió en una secta política participando mucho en los asuntos públicos. Los adeptos se multiplicaron y su contacto con los ingleses y los franceses introdujo los más altos grados en las numerosas logias que se habían creado. Los ambiciosos no tardaron en conocer cuánto podía favorecer esta asociación sus pretensiones, y los revolucionarios hicieron de ella la palanca más poderosa para sus proyectos”.

En este marco entonces, en esta ebullición política, cuando todas las ideas se discutían y los diferentes sistemas de gobierno eran analizados con total libertad, surgió en algunos criollos americanos residentes en Europa la idea de crear una Logia masónica a la que introdujeron variantes conducentes a preparar la independencia de las colonias de ultramar.

Aunque las ideas de Francisco de Miranda tuvieron importancia inspiradora, la actual historiografía demuestra que el creador de estas Logias Masónicas en pro de la independencia de las colonias de España en América, fue Carlos María de Alvear. Sus actividades se desarrollaron en principio en Cádiz y en Londres, pero cuando éste prócer de la independencia argentina se trasladó a Buenos Aires, creó la Lautaro en 1812 junto con José de San Martín.

Luego del desastre de Rancagua, en Chile, al refugiarse los patriotas chilenos en Mendoza, O’Higgins fue incorporado a la Logia Lautaro que

funcionaba en esa ciudad trasandina. Una vez que el Ejército Libertador llegó triunfante a Santiago, una filial de la Logia se constituyó en esta ciudad capital y funcionó hasta 1821, año en que sus integrantes se trasladaron a territorio peruano para completar la obra emancipadora.

Una vez obtenida la independencia de las colonias, las Logias Lautarinas se disolvieron y muchos de sus integrantes pasaron a otras organizaciones.

### **Logia Filantropía Chilena**

Los chilenos de ideas liberales que trabajaron por la independencia del Perú, abandonaron las logias que habían surgido con la finalidad de dar libertad a las colonias y se integraron a una variante masónica de reciente aparición: las Logias adscritas al Rito Escocés Antiguo y Aceptado, creado en 1801, y en el que se mezclaban grados surgidos en Francia con unos nuevos creados en territorio americano. Esta variante de la Masonería se inspiraba en los antiguos misterios de los griegos para preconizar un Orden destinada a formar hombres cuyo actuar se inspirase en la ética y en los valores del cristianismo, pero al margen de toda Iglesia. La idea que prevalecía en la nueva institución era que por el ejemplo de sus adeptos, la sociedad en su conjunto buscaría hacer realidad la divisa de Libertad, Igualdad y Fraternidad para todos, y donde cada cual actuaría de forma éticamente correcta. En el fondo se buscaba hacer realidad el precepto bíblico de amar al prójimo.

Entre los adscritos al nuevo rito estuvo el Almirante Manuel Blanco Encalada, quien fundó en Santiago la Logia “Filantropía Chilena”, con 15 miembros y que él presidió. Blanco Encalada hacía pocos meses que había renunciado al cargo de Presidente de la República y fundó la Logia en momentos en que la elite santiaguina se organizaba para lograr la preeminencia a la que aspiraba, menospreciando los intereses federalistas de las provincias.

Es probable que la Logia pudiese funcionar sólo por un corto tiempo o sólo hasta la guerra civil de 1830, cuando las ideas liberales fueron aplastadas y se consolidó en Chile una forma de gobierno restrictiva.

### **El resurgir de la Masonería**

Hubo que esperar hasta 1850 para que nuevamente resurgiera la Masonería. Esto ocurrió en Valparaíso, cuando un grupo de inmigrantes franceses constituyó la Logia “L’Etoile du Pacifique”, La Estrella del Pacífico, a la que se integró otro inmigrante, el curazoleño Manuel de Lima y Sola. Este último concibió la idea de crear una Logia que usara el idioma español en sus trabajos, como única forma de que la Masonería prosperara en Chile. Así se hizo y el 27 de julio de 1853 se fundó la Logia “Unión Fraternal”, en la cual fueron iniciados casi de inmediato hermanos como

José Victorino Lastarria, Domingo Faustino Sarmiento, Juan de Dios Arlegui, Guillermo Blest Gana, etc., hombres que tuvieron una importancia enorme en el desarrollo político e institucional de Chile y de Argentina, en el caso de Sarmiento, pues llegó a ser Presidente de su país.

La idea de la Masonería se difundió rápidamente. ¿Cuál era su objetivo? Quizás la mejor forma de entenderlo es saber que la divisa de la nueva logia fue Dios, Fraternidad y Caridad.

Porque la Orden creía que el Templo Masónico era un lugar de encuentro para todos los que querían adorar a Dios, sin importar la religión de sus preferencias – lo que en sí era revolucionario en un país donde la religión católica era la oficial del Estado -, y en este lugar de encuentro todos se llamaban hermanos entre sí, y se congregaban para reforzar en cada uno el comportamiento de una ética intachable en familia y sociedad y para hacer actos de filantropía en beneficio de los pobres.

De este modo, en las actas hay constancia de erogaciones que hacía la Logia, anónimamente, para socorrer a viudas y a huérfanos. Una actividad de mayor vuelo la organizaron las Logias en 1858, reuniendo fondos para la adquisición de alimentos en cantidad suficiente como para fletar una embarcación que los llevó a Constitución para ir en ayuda de la gente que sufría los estragos de una terrible hambruna.

En 1862 había Masonería en Valparaíso, Concepción y Copiapó. Tres logias en los centros urbanos donde predominaba el pensamiento liberal. En ese año, estas tres logias y una cuarta que se creó especialmente para el efecto, dieron vida a la Gran Logia de Chile, una federación de talleres masónicos para aunar esfuerzos con la finalidad de difundir la actividad masónica en el país.

Fue por iniciativa y con recursos de la Logia Orden y Libertad, de Copiapó, que se dio vida en 1867 a la primera logia de Santiago.

La divisa masónica era la que reconocemos como propia de la Ilustración europea: Libertad, Igualdad y Fraternidad.

La Masonería señala que la acción pública inspirada en sus ideales debe ejercerla cada masón en su actividad personal, y no actúa ella como cuerpo. No fue extraño, entonces, que esos hombres, integrantes de una institución que buscaba el bien común, pero que destacaba la libertad como valor *sine qua non* para generarlo, buscaran un partido político que los interpretase. Se unieron entonces al partido liberal, pero ya en su seno, la mayoría de ellos integró la corriente más de avanzada del liberalismo y pasaron a formar parte del llamado grupo de liberales “rojos” o “radicales”, como se les llamó más tarde.

Fruto de la poca rigurosidad en la compulsión de fuentes documentales, o a veces por la inexistencia de archivos, la historiografía masónica ha recogido mitos en relación a la pertenencia a la institución de algunos prohombres del liberalismo chileno. Podemos señalar aquí que, a

pesar de lo dicho por algunos textos, ni Aníbal Pinto ni Domingo Santa María ni José Manuel Balmaceda fueron masones. Sin embargo, sus enemigos políticos le atribuyeron la condición de tales en una época en que en boca de un conservador clerical la palabra “masón” era un tremendo insulto.

Estos tres hombres, liberales todos, presidieron la república en una etapa en que las condiciones políticas y el avance progresivo de las ideas permitieron introducir reformas a la Constitución y a la leyes para que los textos jurídicos se adecuaran a las costumbres de Chile.

Así, en la década de 1870 se dio una férrea lucha para permitir la sepultación de cualquier difunto en los cementerios, lugares que hasta entonces eran de uso privativo de quienes profesasen la fe católica. Los disidentes – entiéndase por tales a los protestantes o a los librepensadores e incluso a quienes habían llevado una vida condenada por la Iglesia oficial – debían ser inhumados en sitios vecinos al cementerio, y muchas veces, en los sitios en que no había sino el cementerio administrado por el párroco, los cadáveres permanecían por días a las puertas del mismo esperando un pronunciamiento de la autoridad administrativa para proceder a su sepultación y torcer la voluntad del celoso sacerdote que quería que el difunto fuera enterrado en el campo.

En la ciudad de Santiago, los disidentes de los primeros años de la República, entendiéndose por tales a ricos comerciantes de origen inglés en su mayoría, eran sepultados en un sitio al costado oriente del cerro Santa Lucía. Benjamín Vicuña Mackenna, siendo intendente de Santiago, hizo colocar allí una placa que decía: “A la memoria de los expatriados del cielo y de la tierra, que en este sitio yacieron sepultados durante medio siglo”.

Vivieron, entonces, los liberales un largo proceso de lucha contra quienes querían a toda costa mantener una ingerencia indebida de la Iglesia en asuntos administrativos.

Así, sólo durante el gobierno de Domingo Santa María pudo hacerse realidad un conjunto legislativo que se ha llamado “leyes laicas”, que incluyó el derecho de todas las personas, sin importar su credo, a ser sepultadas en los cementerios del Estado, la ley de matrimonio civil y la ley de registro civil, que entregó al Estado la potestad de llevar el registro de los nacimientos, matrimonios y defunciones.

Si bien la Masonería no puede arrogarse el mérito de ser la creadora de estas iniciativas, los masones en su conjunto lucharon por hacer realidad esta legislación que permitió un gran avance al laicismo, debatiendo y estudiando en el seno de sus Logias para colaborar al desarrollo de estos cuerpos legales modernizadores.

Pero no vaya a creerse por esto que los masones pensamos todos de la misma forma o que pretendemos ser una especie de ángeles. Lamentablemente, aunque la Masonería busca que todos los hombres sean

iguales, libres y hermanos, en muchas oportunidades, haciendo uso de su libertad, los masones han militado en distintas tiendas políticas y se han enfrentado hasta con las armas.

En la campaña electoral de 1876 hubo una profunda división entre masones – que representaba la división entre liberales y radicales – con ocasión de elegir al candidato que los interpretaba para las elecciones de Presidente de la República, que terminó siendo ganada por Aníbal Pinto.

La Masonería chilena no se había recuperado de la crisis que provocó en sus filas esa campaña, cuando vino la guerra que Chile declaró a Bolivia y Perú, y varios Talleres, que ya tenían raleadas sus filas, clausuraron sus trabajos. Como corolario, las elecciones presidenciales de 1886 enfrentaron nuevamente a los masones en grupos antagónicos, uno presidido por el ex Gran Maestro Juan de Dios Arlegui, que proclamó al ex Gran Maestro José Francisco Vergara como candidato a la primera magistratura de la nación, y el otro cuya vicepresidencia la ocupaba el Gran Maestro en ejercicio, Rafael Barazarte, que apoyaba a José Manuel Balmaceda.

Si los Talleres llevaban una vida fructífera hacia 1886, con posterioridad a la campaña presidencial la obediencia de la Gran Logia de Chile se redujo a seis Logias: Unión Fraternal N° 1, en Valparaíso; Orden y Libertad N° 3, en Copiapó; Justicia y Libertad N° 5 y Avenir et Liberté N° 9, en Santiago; Luz y Esperanza N° 11, en La Serena; y Paz y Concordia N° 13, en Concepción. En conjunto, no deben haber superado los 180 hermanos.

La revolución de 1891, provocada por la elite que no era capaz de reconocer que nuevos actores sociales emergían y exigían un lugar en el escenario político, dividió a los masones y los hizo enfrentarse en bandos opuestos en la guerra civil.

Costó mucho restañar heridas y recién en la década de 1920 la Masonería encontró una vieja bandera con la cual había luchado por decenios y emprendió una nueva cruzada: El derecho a la educación para los más pobres.

El Gran Maestro de la Gran Logia de Chile, Juan de Dios Arlegui, en un discurso pronunciado tan tempranamente como 1872, decía:

“La instrucción es la base de toda sociedad: sin ella no hay cómo formar pueblos grandes y libres, que conozcan sus propios y ajenos derechos y que respetándose sepan respetar a los demás. Por eso es que para mí las fiestas de la instrucción son verdaderas columnas miliarias destinadas a marcar de año en año los progresos de la patria en el campo inmenso de su desenvolvimiento intelectual”.

Con este espíritu, coadyuvando a la tarea del Estado y de los Municipios, por esa misma época los masones colaboraban en la creación de las sociedades de Instrucción Primaria, destinadas a proporcionar

educación a niños de escasos recursos. Así surgió la escuela “Bruno Zavala”, en Copiapó y las Escuelas “Blas Cuevas”, en Valparaíso. La labor desinteresada de los hermanos les convirtió en profesores de primeras letras y en maestros de hábitos y buenas costumbres para los pequeños niños beneficiados con su enseñanza.

Otra lucha importante fue la destinada a desarrollar un sistema educacional para las mujeres, que hasta poco antes sólo aprendían a leer y a escribir, y el resto de su formación estaba destinada a formarlas para ser buenas esposas y mejores madres, desestimando sus eventuales ilusiones para convertirse en profesionales como los hombres. En este marco general de creación de la educación femenina debe insertarse el trabajo de la Logia Orden y Libertad N° 3, de Copiapó, al crear en 1877 la Escuela para niñas “Rafael Valdés”.

En septiembre de ese mismo año, los sacerdotes de la ciudad se dirigieron al Obispo por carta para quejarse por lo que ocurría, diciendo:

“Ha tiempo, Ilmo. Señor, la logia masónica de Copiapó, bajo la denominación de Club – Copiapó, fundó una Escuela para niñas apellidándola Escuela Rafael Valdez. Ese establecimiento, con la protección decidida de la masonería, ha prosperado y ahora cuenta con ciento ochenta alumnas. La memoria leída por uno de los miembros de la logia en la distribución de premios que tuvo lugar el 20 del actual, da detalles muy importantes sobre su marcha. Ahí se confiesa que es escuela masónica, sostenida por el Club Copiapó, que es la logia de este pueblo. Se afirma también que de las cuatro secciones en que está dividida, la cuarta, que es la de las niñas más grandes, está regentada exclusivamente por masones, que son los que desempeñan las diferentes clases que se cursan. Pero, lo que nos ha llamado más la atención, y que hemos visto con honda pena, es que no se enseña absolutamente religión, y que en cambio, un miembro de la logia les hace clase de moral independiente o atea. No necesitamos manifestar a S. S. Ilmo. las funestas consecuencias de semejante educación, la más perjudicial y anticristiana que puede imaginarse, y que tiene por exclusivo objeto inocular en esos tiernos corazones el veneno de la impiedad y el odio a la Santa Iglesia”.

Pero la Masonería había llegado más lejos y trabajaba creando el Liceo de Niñas de Copiapó, lo que también era destacado en esta quejumbrosa carta al Obispo. Y la Masonería lo hacía así, porque solo a través de la educación que daba el Liceo se podía preparar un alumno para dar los exámenes necesarios para optar a un título universitario. Continuaba la carta:

“No satisfechos los libre-pensadores con la escuela atea Rafael Valdez, y con el objeto de dar más amplitud a sus proyectos de descatolizar a la mujer, tienen también un Liceo de niñas, regentado por directoras protestantes, y nos consta que hacen propaganda contraria al catolicismo.

Además, no hay enseñanza católica, y esas tiernas niñas, recibiendo una educación que no se basa en el sólido fundamento de la religión, verán en breve apagarse en sus corazones la antorcha de la fe, y se habrán cegado para ellas los saludables frutos de vida eterna para sus pobres almas.

“S. S. Iltma. podrá notar que en Copiapó la educación de la mujer está casi exclusivamente bajo la dirección de la francmasonería y de los incrédulos: se prepara, pues, una generación, que, emancipada de la fe católica, hará gala de su incredulidad.

“Repetidas ocasiones en el púlpito, en el confesionario, en la prensa, y de varios otros modos, se ha tratado de ilustrar a las madres de familia a este respecto, haciéndoles presentes que comenten un gravísimo pecado mortal colocando a sus hijas en esos planteles de incredulidad. Parece que todo ha sido inútil, y con profundo sentimiento, vemos madres que se confiesan y que, sin embargo, mantienen a sus hijas en esos colegios. Las señoras católicas, dominadas por el respeto humano o por una criminal cobardía, prefieren perder sus almas y las de sus hijas a trueque de que éstas reciban una enseñanza en las ciencias humanas, que si bien les sería muy útil armonizándola con la fe religiosa, sin ésta les es más perjudicial”.

Así se daba la lucha en aquellos años.

Pero la población en el país incrementaba su número y las escuelas no eran suficientes en cantidad ni infraestructura para educar a miles de niños que año a año pasaban a incrementar la fuerza de trabajo antes de llegar a los 10 años de edad.

Cuando Chile se preparaba para celebrar los 100 años de su independencia, surgieron voces reclamando por el despilfarro y llamaron a una profunda reflexión sobre las necesidades reales de la ciudadanía. Entre ellas surgió potente la voz del hermano masón Darío Salas con su libro “El problema nacional” que gráficamente expuso:

“¡Un millón seiscientos mil analfabetos mayores de seis años! Colocados en fila, a cincuenta centímetros uno de otro, formarían una columna de 800 kilómetros de largo, la distancia que media entre Santiago y Puerto Montt. Si desfilaran frente al Congreso Nacional en hileras de a cuatro, a un metro de distancia una de otra, y marcharan a razón de cuarenta kilómetros por día, el ruido de sus pasos turbaría los oídos y la conciencia de nuestros legisladores durante diez días”.

Cómo no encontrar actual a Darío Salas cuando afirmaba: “Una democracia ignorante es (...) una democracia falsificada. Sin una base de conocimientos generales, comunes a todos los ciudadanos, el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, es una ilusión, un fracaso y hasta una mentira”.

Por razones que sólo puede explicar la indolencia de malos políticos, el clamor de Salas no encontraba eco entre los legisladores. Su petición de

hacer una Ley de Instrucción Primaria Obligatoria no era atendida por quienes estaban obligados a hacerlo.

Esto conmovió al Gran Maestro de la época, Luis Alberto Navarrete y López, quien llamó a los hermanos a recorrer las Logias del país promoviendo la iniciativa y pidiendo que todos quienes pudiesen hacer algo para llevar este proyecto de ley a convertirse en realidad, lo hicieran.

Convocó luego a una sesión solemne e invitó a todos los parlamentarios que formaban parte de la Masonería para escuchar a quienes apoyaban el proyecto y a quienes se oponían y preferían postergar su resolución, argumentando que la ley que se buscaba aprobar sólo servía para mejorar los sueldos del profesorado, pero no se abocaba a los temas educacionales.

En un relato magistral de nuestra historia se señala que intervino el Gran Maestro y expresó:

“Estoy en absoluto desacuerdo con el hermano Celis, por esa razón de estómago que él estima despreciable. ¡El hambre de los maestros! Por esa sola razón debemos dejar pasar la ley. Sí, queridos hermanos, por esa razón de estómago. No sé, hermanos, cómo puede vivir esa pobre gente con esos sueldos miserables, que se les tiene... trabajando diariamente, con hijos y con mujer. Yo invito al hermano Celis que medite sobre los cuadros tétricos que han hecho pasar sobre mis ojos los hermanos que han sostenido esta campaña. ¡No sé cómo no se rebela esa gente en contra de todos los culpables de su desgracia! Yo me rebelaría”.

Los parlamentarios que le escuchaban guardaron silencio, impresionados por la crudeza del Gran Maestro, que alejaba las preocupaciones del cálculo político y llevaba la discusión a las alturas que la Masonería exige: La preocupación por el ser humano.

Fue Arturo Alessandri quien tomó la palabra para contestar, y romper el silencio que les había entrado de golpe a los parlamentarios y comprometió el concurso de los masones en el Congreso para hacer de esa ley una realidad, la cual fue promulgada el 26 de agosto de 1920.

Esta preocupación por la educación sigue y seguirá estando presente en el ideario francmasónico, toda vez que pensamos que el ser humano es perfectible y por su esfuerzo puede elevarse a las alturas del pensamiento, de la espiritualidad y del amor por sus semejantes.

El actual Gran Maestro de la Gran Logia de Chile, en una declaración pública, expresó a fines del año 2008: “Creemos que es ineludible fortalecer una educación pública de calidad, laica, plural, inclusiva, gratuita, que dé acceso e igualdad de oportunidades a todos los niños y jóvenes. En ello vemos la fórmula técnica y valórica para avanzar hacia un sistema socialmente integrado, abierto a todas las ideas y culturas, con caminos reales de movilidad social, de democratización y de rescate de los mejores talentos”.

Como queda claro, la Masonería – y espero que sea la sociedad en su conjunto – tiene claro que sin educación no se puede avanzar hacia el progreso.

Y así también lo tuvieron claro los hermanos masones que llegaron a ocupar la Presidencia de la República durante el siglo XX. Cada uno actuó en política de acuerdo al tiempo que le tocó vivir y con esto quiero decir que es indudable que tuvieron defectos. Por las razones que fueran, y como masones, debieron rendir cuenta de sus actos ante su conciencia y en ocasiones ante sus hermanos, cuando alguna acción pública por ellos emprendida se consideró que violentaba los derechos de las personas o transgredía valores tan caros para la Orden como la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad.

Chile fue una fiesta con el triunfo del liberal Arturo Alessandri Palma, que había ingresado a la Masonería en 1896, a la Logia Justicia y Libertad N°5, de Santiago, hija de los masones copiapiños.

Las calles se llenaron de colores y marchas multitudinarias aclamando al León de Tarapacá que auspiciaba sueños de futuro para la clase media y para los pobres. Durante su gobierno, luego de sortear los escollos de golpes militares, logró la promulgación de la Constitución Política en 1925 y con ella la separación de la Iglesia y el Estado.

Tiempo más tarde, el mismo Alessandri contaba: “Al reformar la Constitución, a mi juicio, era indispensable, ante todo, dar la libertad de conciencia mediante la separación de la Iglesia del Estado y la absoluta libertad de cultos para terminar con la laicización de las instituciones del país; ya que teníamos cementerio laico, Matrimonio y Registro Civil. Faltaba la absoluta y sincera libertad de conciencia y cultos, la precedencia del matrimonio civil al religioso y la libertad de divorcio”.

Como sabemos, una ley de divorcio que funcionara con eficiencia debió esperar 80 años antes de salir, porque hubo escollos ideológicos insuperables que volvieron a replotarse con ocasión de la discusión de la actual legislación.

Sería extenderme demasiado si pretendiese hablar del avance logrado por el país con los gobierno de los demás hermanos que han presidido Chile, pero no puede dejar de mencionarse el tremendo impulso que se logró con Pedro Aguirre Cerda y Juan Antonio Ríos. A partir de su obra, el país inició un creciente avance industrial.

La Masonería invita a los masones para que se conviertan en mejores personas y para que trabajen por lograr la creación de una sociedad más justa. No quisiera terminar esta exposición sin recordar que en filas de la Masonería chilena también han militado destacados artistas, como Pedro Lira, Cosme San Martín, Nicanor Plaza o José Miguel Blanco y relevantes escritores como Eduardo Barrios, Guillermo Blest Gana, Jorge Inostroza o Manuel Rojas.

Es que la Masonería atrae a los hombres que bregan por elevar el espíritu humano hacia las mayores alturas, y en el Taller trabaja en sus Templos se cincelan y perfeccionan las almas para ser mejores.

Reitero mis agradecimientos al Club Copiapó por la oportunidad de visitar estas tierras donde prosperó el pensamiento libertario y donde se creó la tercera Logia en antigüedad de la obediencia de la Gran Logia de Chile.

La invitación es a recorrer nuestra historia para identificar la obra masónica, porque el sello de la Masonería está en casi todas las instituciones que han hecho grande a la Patria y mejores personas a sus ciudadanos.

Muchas gracias.